

nuevo de sesenta y seis cañones. Contra ella salió Sachtouris, que estaba en su elemento, con la segunda división de la escuadra griega, topando con aquella el 28 de Mayo, entre las islas de Tenedos y Lemnos; volviendo luego sobre la misma en 1.º de Junio en el canal de Dora en donde se trabó el combate, con pérdida del buque almirante y sus ochocientos hombres de tripulación y el tesoro de la armada que dos brulotes hicieron saltar, con gran fortuna para Chosrev que lo había abandonado después del primer combate al verse objeto de los brulotes griegos; Boulis con su brulote destruyó también una corbeta. Con esto la escuadra turca se dispersó y Chosrev arrióse á la escuadra egipcia llegando á Sonda el 8 de Junio.

Juntáronse también Miaoulis y Sachtouris pero cuando marcharon contra Sonda, la escuadra turco-egipcia prevenida por una corbeta francesa de que iba á ser atacada, presentóse dividida en cuatro divisiones separadas que dificultaban el ataque de los griegos. Así y todo el 14 de Junio dió Miaoulis la orden de ataque, pero solo consiguió incendiar una corbeta. Cuando se disponía Miaoulis á renovar el ataque se levantó una fuerte tempestad que dispersó á la escuadra griega,—17 de Junio,—lo que aprovechó á tiempo la escuadra aliada para marchar, fuerte de ochenta velas, de Sonda,—23 de Junio.

Miaoulis, sin embargo, la esperaba cerca de Cerigo Kythera, pero el tiempo continuó siéndole contrario y con su empeño solo logró perder tres brulotes. Ibrahim recibió al fin sus refuerzos,—5 de Julio.

Con estos contratiempos la desesperación se apoderó de los marinos griegos, cuyas fuerzas eran cada día menores, y este fué el origen de la expedición de Tombazis contra Alejandría con solos dos buques y tres brulotes, esto sí, mandados por Kanaris, Vokos y Boutis:—10 de Agosto.—Esta expedición fracasó, no sin demostrar una vez más Kanaris que había nacido para el peligro, pues tuvo que incendiar su propio brulote dentro del puerto de Alejandría para salvarse. Estos contratiempos unidos al ningún entusiasmo de los isleños para la guerra marítima, pues veían como se iban perdiendo sus buques, porque no hay que olvidar que los marinos griegos se batían arriesgando su vida y su fortuna, porque toda su fortuna estaba en el buque que montaban, por esto siempre y cuando no veían posible la ventaja, titubeaban en atacar, redujo á la marina griega á casi la impotencia.

Sin embargo, justo es decir, que una de las cau-

sas que más contribuyeron á debilitar la marina de guerra griega, fué la gran extensión que tomó la piratería favorecida como sabemos por los decretos del gobierno. Mal hubiera acabado para Grecia la cuestión de la piratería, si Inglaterra no hubiere visto con satisfacción los triunfos de los piratas griegos que destruían la marina mercante austriaca que era la que principalmente formaba los convoyes de turcos y egipcios. Metternich gritaba y se desesperaba para hacer triunfar el principio de que el pabellón cubre la mercancía, pero á esto contestaba el gobierno griego, diciendo que no consentiría jamás á los neutrales el contrabando de guerra, resultando de aquí que Metternich, que no quería oír hablar de los griegos, estaba con ellos en relaciones diplomáticas, digámoslo así. Las grandes y fáciles victorias de los piratas griegos distrajeran pues de la armada á muchos buques y á muchos de los más valientes marinos, de modo que ya todo fué esperar de la transformación de la marina griega, en marina de vapor, lo que ya Hastings había recomendado en el año anterior, y lo que no consiguió Grecia por la vergonzosa explotación de que fué víctima, sino á las postrimerías de la guerra.

Mandaba ahora en el Peloponeso como general en jefe Petrobey, á quien ya hemos visto incapaz para tan fuerte empeño, pues Skourtis se había vuelto al mar cuando el país entero reclamó á Kolokotronis, á lo que se negaba tenazmente el gobierno, viéndose por fin obligado á ceder, y proclamar el 30 de Mayo una amnistía nombrando á Kolokotronis general en jefe. Este desembarcó en Nauplia declarando al desembarcar que había arrojado, durante su viaje, al mar, todos sus rencores, aconsejando á los que le recibían como triunfadores que hicieran otro tanto.

Kolokotronis á cuya voz vió llegar á su lado millares de brazos, recomendó al gobierno el mismo plan de campaña que tan buenos resultados había dado contra Dramali. Devastar y arrasarse el país para rendir el enemigo por hambre, principiando «por ese establo de Tripolitsa que no servía para nada.» Al gobierno no le pareció tan desesperada la situación y quiso ver en que pararían los esfuerzos de Dikaris y de Petrobey que marchaban sobre los flancos de Ibrahim, que se dirigía, formando su ejército dos columnas, á la Arcadia.

Nada tan temerario como lo que hacían estos dos jefes cosidos á un enemigo, sin fuerzas para detenerle. Así, cuando las dos columnas se separaron y se internó la de Ibrahim, Dikaris con sus mil hombres se vió obligado á hacer frente al pachá egipcio que tuvo que perder seiscientos hombres para aca-

bar con los trescientos que se quedaron al lado de Dikaris resuelto á morir como murieron Georgakis y los Diakos,—1.º de Junio,—pero con esta resolución solo consiguió privar á Grecia de un jefe valiente y de soldados dignos de mejor suerte.

Ibrahim se volvió entonces sobre su derecha sin que nada le contuviera ni le distrajera, no parando hasta Tripolitsa que cayó en su poder cuando se iban á cumplir las órdenes de Kolokotronis para incendiarla después de haberle derrotado, pero no habiéndose conseguido incendiar la ciudad, mandó Kolokotronis reunir su gente delante de Tripolitsa, señalándole los mismos puestos que se ocuparon al principiar la revolución. Pero Ibrahim no pensó en descansar de sus fatigas en Tripolitsa,—22 de Junio,—sino que á los pocos días salió para recuperar á Nauplia, topando en el camino con Ypsilantis que había recogido unos trescientos hombres, con los que se fortificó en los molinos, en donde había grandes almacenes de trigo, por fortuna no conocidos del enemigo. Tres asaltos dieron los egipcios contra los molinos, siendo siempre rechazados; y como en los planes de Ibrahim no entraba vencer los pequeños obstáculos, abandonó su empeño y continuó llevando por adelante su caballería que llegó á dar vista á Nauplia, en donde el coronel francés Fabvier, á quien hemos dejado en España defendiendo su libertad, se había encerrado para defender la ciudad, pero Ibrahim no sólo no continuó tras su caballería, sino que dió á ésta orden de retroceder y se marchó á Tripolitsa.

¿Qué había pasado para obrar de esta suerte?

Hoy no es un misterio lo que en aquellos días lo fué.

La víspera de principiar su marcha retrógrada, se presentó en el campamento de Ibrahim, el comodoro inglés Hamilton que siempre había demostrado sus simpatías por los griegos hasta cuando no le era esto permitido. Hamilton, interpretando las instrucciones que le había dado Canning, según Metternich de una manera excesiva, puso un veto al avance de Ibrahim, á lo que creyó deber someterse el pachá egipcio, pues entonces se enteró de que en Nauplia se firmaba una exposición pidiendo el protectorado de Inglaterra, que daba ya Ibrahim por conseguido, pues no podía comprender como Inglaterra iba á renunciar lo que tan generosamente se le daba.

De regreso á Tripolitsa Ibrahim,—29 de Junio,—Kolokotronis volvió de nuevo á ocupar las posiciones delante de la plaza del año 1821, pero esta vez la impaciencia del viejo klephta lo comprometió

todo, pues libró el 5 de Julio el combate sin orden ni concierto, repitiéndose lo de 1821, esto es, que las tropas de Vervena mandadas ahora por Ypsilantis no vinieron al campo de batalla. En esta batalla, en la que el hijo de Kolokotronis, Gennaios, demostró poseer la valiente alma de su padre, cayeron para no levantarse más catorce de los jefes griegos, con lo cual quedó la insurrección en el Peloponeso completamente desmoralizada, aun antes de que acudiera en auxilio de Ibrahim su cuñado Houssein-Bey con refuerzos. Con esto no tuvo más que presentarse delante de Vervena batiendo los tambores la carga, para que se desbandara la gente de Ypsilantis.

Ibrahim establecióse fuertemente en Tripolitsa desde donde salía para llevar la devastación á donde mejor le parecía, sin que Kolokotronis, que marchaba siempre pegado á sus batallones, pudiera hacer otra cosa más que ser espectador de los terribles daños que los egipcios causaban á su patria.

En la Heladía Oriental y Occidental, no fueron mejor las cosas para los griegos.

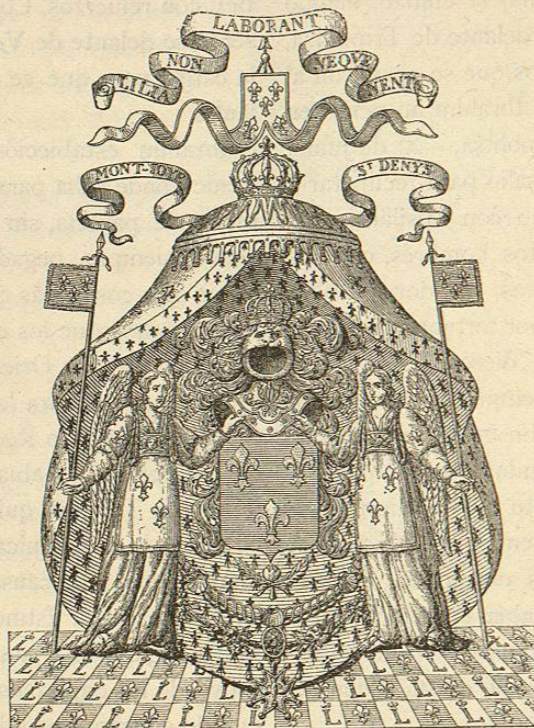
Era el renegado Rechid-Mehmed-Pachá, el vencedor de Peta, que había de llegar á ocupar el primer puesto en Turquía, quien reemplazaba á Omer-Vrionne relegado á Salonica, por haber conocido el gobierno turco las causas que le impidieron el año anterior pasar el Istmo de Corinto. La fama de valiente, organizador y severo capitán le valieron el apoyo de los capitanes albaneses que se pusieron á su lado consiguiendo de esta suerte hacer imposible toda resistencia contra su fuerte y sólida hueste que avanzó hasta ponerse delante de Anatoliko y Missolonghi,—23 y 25 de Abril.

Missolonghi tenía ahora tres mil defensores y sus jefes eran Makris, Tronkas, Stournaris y el viejo Notis Botsaris. Las fortificaciones habían mejorado mucho, y en las murallas había cuarenta y ocho cañones y algunos obuses y morteros: todo esto era obra del ingeniero Kokkins. Missolonghi podía pues esperar sin el terror del primer sitio, este segundo sitio por los turcos.

Ibrahim abrió el sitio de la plaza dirigidos sus trabajos por ingenieros europeos, atacando la bastión de Botsaris que ocupaba el centro de las defensas de la plaza estableciendo su primera paralela á quinientos ochenta metros de la ciudad. A mediados de Junio terminó la segunda paralela á la mitad de esa distancia y ocho cañones y cuatro morteros y obuses principiaron el ataque, abriendo el fuego contra los bastiones de Botsaris, Franklin y la torre Korais.

Los defensores de Missolonghi que se veían obligados á economizar sus municiones, construyeron una segunda línea de defensa en el interior como la primera vez, pues nunca pudieron comprender por donde quería atacar Rechid, quien, en efecto, dirigía sus fuegos á todos lados, pero más que esta incertidumbre lo que hizo desmayar á los de Missolonghi fué al verse cerrados por la parte de mar por la escuadra turca, pues hasta aquí, pocos ó muchos, había recibido algunos auxilios por mar en hombres

y provisiones,—10 de Julio.—Pero no fueron los grandes buques de los turcos los que llevaron la consternación á Missolonghi sino las treinta chalupas de quilla plana que penetraron por las lagunas atacando igualmente por mar la plaza y el fuerte Vasiladi, acabando por bombardear la plaza tan pronto se parapetaron en la isla de Scylla. A los de Missolonghi no les quedaba ya más comunicación que la de Anatoliko, protegida por la artillería del fuerte Vasiladis.



Armas de los Borbones de Francia

Rechid se dirigía, al parecer, sobre el bastión Franklin y ya había principiado la obra de llenar el foso de la misma, cuando el 23 de Julio ofreció á la ciudad una honrosa capitulación. Rechazada ésta, el día 28 estalla una mina que abre brecha en la bastión Botsaris lanzándose en seguida al asalto que fué rechazado lo mismo que al repetirlo el día siguiente y demás hasta el 2 de Agosto, sin que los turcos cesaran á la vez de embestir la plaza y de ofrecer á sus defensores una capitulación. Rechazado siempre, en el día 2 de Agosto una nueva mina abrió brecha en la bastión Franklin; el asalto se hizo entonces general, pero los turcos tuvieron que retirarse después de dos horas y media de fuego con grandes pérdidas,—quinientos hombres.

Pero estas victorias eran para los rumelianos como las de Pyrro, pues terminado el ataque de ese día vieron, con pena inmensa, que todo su repuesto de

municiones quedaba reducido á dos barriles de pólvora. Missolonghi iba, pues, á rendirse, cuando Miaoulis y Sachtouris se presentaron el 3 de Agosto delante de la ciudad para abrir las comunicaciones por mar y batir la escuadra turca. Júzguese de la emoción de los defensores de Missolonghi presenciando ese combate naval en el que se iba á decidir su suerte. El arrojado de los brulotes aún cuando no fué afortunado, dió por resultado que el almirante turco, movido de un terror pánico, corriera hasta Alejandría; Missolonghi se había salvado, pues nada le faltó para su resistencia ahora.

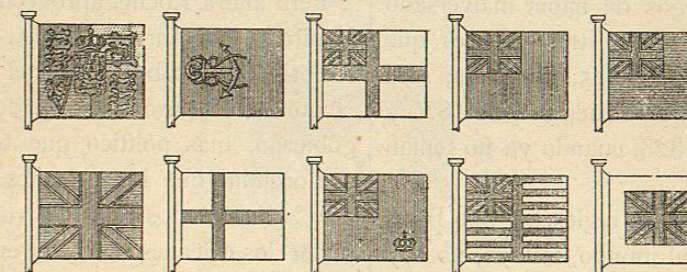
Tan grande ánimo cobraron sus defensores, que quisieron á su vez ahuyentar el enemigo por la parte de tierra y á las lanchas cañoneras de Yusuf-Pachá, poniéndose al efecto en combinación con Tsavelas y Karaïskakis los jefes rumelianos de Savona.

Intentóse el golpe el día 6 de Agosto, y en efecto

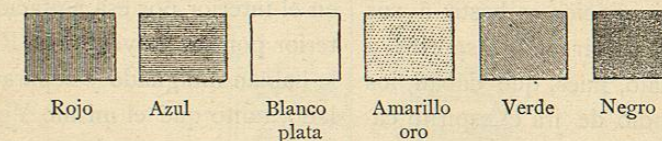
en este día atacado por sus espaldas Rechid-Pachá y por su frente, vió á los de Missolonghi apoderarse de cuatro de sus baterías, mientras los marineros griegos expulsaban de las lagunas las lanchas de Yusuf capturando cinco de ellas. Las otras se salvaron por habérselas llevado tierra adentro sus tripulantes. Pero la falta de fuerzas hizo que este triunfo no pudiera ser decisivo.

Desde este día al 31 no cesó el combate en las murallas. Los griegos desde la segunda línea de sus fortificaciones lo barrían todo, y sus minas acreditaron el sereno valor de Kokkins facilitando la destrucción de los trabajos de aproche de los turcos que completaban las venturosas salidas del ejército.

Otro general que no Rechid hubiera abandonado ya el sitio, pero Rechid era tan valiente como tenaz, y además se le había dicho en Constantinopla, «ó Missolonghi ó tu cabeza.» Su tenacidad solo sirvió para enaltecer al ingeniero Kokkins, quien iba siempre de vanguardia con sus minas y contraminas, pues ahora parecía que eran los de Missolonghi los sitiadores, de modo que el 13 de Octubre viendo los albaneses destruídas sus líneas de ataque, y que las minas como los brulotes se empleaban ahora para hacerlos saltar, se marcharon por su lado, dejando á Rechid reducido á la impotencia; pero como le iba su cabeza, Rechid, como perro rabioso, se agarró á los muros de la plaza que no que-



Banderas de la marina inglesa



ría soltar cuando no tenía ya á sus órdenes más que la mitad de la gente que había llevado al sitio.

Un esfuerzo hecho en este momento por los jefes griegos, á quienes Ibrahim no tenía apurados, hubiera, sin duda, costado á Rechid su ejército y su vida y hubieran impedido que la Puerta llamara á Ibrahim á la conquista de Missolonghi, en lo que andaba remisa por creer que era confesar su incapacidad y su impotencia.

Missolonghi había salvado la Grecia por segunda vez. Sus defensores y Miaoulis y Sachtouris habían conservado á la revolución su prestigio, y Metternich y los embajadores de Constantinopla que anunciaron el fin de la revolución helénica al ver á Ibrahim en Tripolitsa y á Rechid y Chosrev en Missolonghi, no podían ahora volver en sí de su asombro. Por duro que hubiese sido el año para los griegos, la victoria estaba aún indecisa y si Ibrahim podía estar contento, en cambio podía decir que en el Peloponeso debía considerarse como prisionero, porque al fin no poseía un palmo de tierra más allá del que ocupaban sus soldados.

Para los griegos lo grave estaba en que quedaban invernando Ibrahim en Tripolitsa y Rechid en Missolonghi, cuando Grecia necesitaba tiempo para acabar la transformación de sus fuerzas militares, pues los griegos todos, incluso Kolokotronis, de quien ya nadie empezaba á querer, se convencieron de la necesidad de dar al ejército griego una organización parecida á la del ejército egipcio, de la que se encargaron Fabvier para la infantería y Regnault de Saint Jean d'Angeli para la caballería, pero lo que estos necesitaban para ello principalmente eran hombres y dinero, y como el dinero tocaba ya á su término y no se quería organizar más que un cuerpo de cuatro á cinco mil hombres que de nada hubiera servido en medio de la multitud de irregulares griegos, estos dos bravos militares, que de seguro, de disponer de fuerzas suficientes hubieran limpiado muy pronto de turcos y egipcios á Grecia, se vieron reducidos á la impotencia y á la ociosidad á pesar de los decretos y órdenes dados para organizar el ejército regular.

Gervinius trata con extensión todo cuanto pasó á

los comisionados griegos encargados de organizar una escuadrilla de vapor en Inglaterra y en los Estados-Unidos, para demostrar hasta dónde puede llegar la rapacidad anglo-sajona, pues al fin y al cabo no se hubieran portado peor una cuadrilla de bandidos. Los griegos en Inglaterra y en los Estados-Unidos dejaron su dinero engañados por todo el mundo incluso por lord Cochrane, á quien habían nombrado su almirante mediante el pago de cincuenta y siete mil libras esterlinas, de las que le adelantaron treinta y siete mil, sin que lograsen ver en mucho tiempo ni el dinero ni al almirante y ojalá que no le vieran nunca. Solo cuando todo se hizo público, pues se llegó hasta acusar á los pobres comisionados griegos de haber malversado sus fondos, se pusieron á la mar tres vapores que se esperaban para fines de 1825, pero que solo estuvieron dispuestos uno en Setiembre de 1826 y los otros dos en 1827 y 1828, cuando ya no tenían nada que hacer en Grecia.

El escándalo dado por los ingleses y que Blaquiere mismo denunció al mundo, influyó, no hay duda, poderosamente á desarrollar el filohelenismo francés. Francia veía indignada á los realistas abrir sus arsenales á los egipcios y hasta á sus mismos buques de guerra servir de transportes á Ibrahim-Pachá. El escándalo, pues, que daban los enemigos de Grecia, encendió de ira el espíritu caballeresco de Francia y fueron ahora,—Febrero de 1825,—los Chateaubriand y los Lafitte, los La Rochefoucauld y los Dalberg, los Fitzjames, Dumas y Sainte-Aulaire los que se constituyeron en Comité para acudir en socorro de Grecia. El Comité de París dió el impulso, y viniendo de tal ciudad y de gente tan autorizada, los departamentos siguieron con ardor el movimiento. Los publicistas ayudaron con sus libros, y el *Lascaaris*, de Villemain, alcanzó en poco tiempo tres ediciones. Pouqueville, Raffanel y Raybaud y Chateaubriand, éste como periodista en la *Gaceta de Francia* entusiasmaron á Francia por la Grecia, llevando á los ultra-realistas que estaban en el poder de derrota en derrota á ceder á la opinión.

Ginebra y las asociaciones alemanas reanimadas, se unieron al Comité de París, organizando rápidamente una primera expedición con la que partieron Raybaud, el antiguo ayudante de campo de Maurokordatos y Bailly, médico de fama encargado de organizar un hospital militar,—Setiembre de 1825.—Meses antes se había mandado á Grecia al general Roche encargado de informar sobre los medios más prácticos para socorrer eficazmente á Grecia.

La instrucción que todos llevaban era la de mantenerse por completo alejados de todos los partidos políticos. Sin embargo, el general Roche, parece que no fué á Grecia sino para hacer política.

Ya hemos dicho que la Asamblea griega había pensado en dotar á Grecia de un rey portugués. El elegido era don Miguel, de funesta memoria en Portugal, pero no se hizo nada. A Maurokordatos le quisieron ya interesar en esto los intrigantes agentes del partido orleanista en favor de uno de los hijos del duque de Orleans, pero Maurokordatos en Missolonghi no hacía política; así se limitó á enviar á Kontouriotis el plan que éste se apresuró á enterar en su cartera.

Pero ahora Roche, aprovechando el terror pánico inspirado por Ibrahim-Pachá, volvió á la carga, y Kolotis, que acabó por ser el apoyo del duque de Nemours, se puso al frente del partido francés. El gobierno, más político que todos sus agitadores, comprendía que los orleanes no eran una fuerza, sino la descomposición y la ruína, ¿pues qué iban á poder los orleanes reinando en Francia los borbones á quienes habían de disgustar no poco sus pretensiones? El gobierno, pues, viéndose amenazado en el interior por esa agitación francesa, y en el exterior por los proyectos de Rusia que naturalmente le habían indignado y separado por completo de su lado, tanto que el mismo Ypsilantis se declaró por los orleanes, recordando que Canning les había ofrecido su mediación si la pedían á Inglaterra, oferta hecha cuando el gobierno griego protestó del Memorandum ruso; el gobierno griego, pues, hostigado por Hamilton que vigilaba ese movimiento político extranjero, se decidió á enviar á Londres á Spaniolakis para enterar á Canning de que el gobierno estaba decidido por la monarquía y que aceptaría por rey al candidato de Inglaterra, en particular si este fuera Leopoldo de Coburg, candidato que le presentó al gobierno el arzobispo Ignatios de Pisa.

Nosotros creemos, pues, que cuando Hamilton se presentó en Nauplia para alentar al partido inglés en vista de lo que hacían Koletis é Ypsilantis, lo que el comodoro inglés se propuso fué favorecer los intereses ingleses en contra de los franceses, y hé aquí su resolución de presentarse á Ibrahim para salvar á Nauplia en donde se había refugiado el gobierno griego.

La petición que se iba á dirigir á Inglaterra cubierta por dos mil firmas, habíase redactado en las islas Jónicas, en donde la complicidad moral de su gobernador Adam que había reemplazado al odioso Maitland, dejaba que la cosa se organizase por los

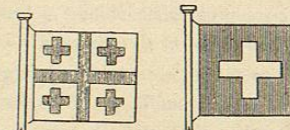
comités filohelenos de las islas. La petición se llevó primero á las islas á Hydria, y luego á Kolokotronis para que la firmasen el ejército y la marina, pues el gobierno se mantenía de lado, para declarar luego que obedecía á la voluntad del pueblo helénico.

Cuando esa petición se hizo pública, Roche y otros del partido francés protestaron de lo que se hacía, pero el Comité de París desautorizó á Roche, y el partido francés tuvo que declararse vencido, de modo que si ni Ypsilantis, ni Koletis, ni Kontouriotis, ni Gouras firmaron la petición, esto se debió ya más que á todo á su situación personal.

Sin embargo, no se esperaba gran cosa en Grecia

de esa petición que el hijo de Miaoulis fué á llevar á Canning, pues ya el ministro inglés se veía acosado por las potencias extranjeras para que declarara sus intenciones, y Canning desautorizó lo que se había hecho para comprometerle, pues lo que se le proponía era que rompiera los tratados vigentes que Inglaterra quería respetar; no queriendo verse comprometida en modo alguno en una guerra con Turquía, que calificaba de «injusta»

¿Qué significaba esa comedia, que tan desastroso efecto causó en los abatidos griegos, á quienes parecía ahora que la fortuna ponía á prueba en todas partes?



Banderas de:      Jerusalén      Suiza